

Costumbres

Hic et nunc

Tenía que apretar el ritmo si quería llegar, así que pedaleé más rápido. A esa hora de la mañana el carril bici estaba vacío por lo que no tenía que preocuparme por adelantar a nadie. Giré la curva y frené en seco. El semáforo estaba en verde para peatones y ciclistas. Sin embargo, esperé. Revisé el reloj, ¡justa! Uno, dos, tres,... y allí estaba su coche. Como siempre, el mismo carril y la misma conductora. Tomó la curva, redujo la velocidad y como llevaba haciendo desde hacía varios meses ya, miró de reojo en mi dirección. Nuestras miradas se cruzaron y una media sonrisa se sitió en sus labios. Noté el calor en mis mejillas, le devolví la sonrisa. Su coche avanzó y otro señor en bicicletas detrás de mi carraspeó.

- Señora, está bloqueando el carril bici, ¿le importa? – indicó desde la fina línea que separa el ser educado con el tener un mal despertar.

Retomé mi camino.

Todas las mañanas se repetía la situación. Se repetían los mismos gestos, las mismas miradas. Yo ya me había acostumbrado a que mi día tuviera ese momento de emoción antes de las ocho de la mañana. ¿Quién sería ella? ¿Cómo se llamaría? ¿A dónde iría? Miles de veces le había construido una historia a su sonrisa y otras tantas me había prometido a mi misma armarme de valor, liarme una manta en la cabeza y guiñarle un ojo, o quién sabe escribir mi número de teléfono y colgarlo del manillar de la bicicleta, qué sabía ya. En cualquier caso, nunca me atrevía. Siempre me echaba atrás. Cuando veía su

coche aparecer me temblaban las piernas y sentía que si hacía algo, cualquier cosa, me caería y solo el casco podría evitar el mayor de los ridículos.

La primavera estaba llegando y yo ya me había comenzado a resignar. El baile de miradas y medias sonrisas compondrían nuestra historia. Ella desde su coche, yo desde mi bicicleta.

Sería ya mitad de Mayo cuando una mañana cualquiera, yendo yo más distraída de lo habitual, no me percaté de que era mucho antes de lo normal. Llegué al cruce y miré el reloj, me quedaban todavía varios minutos para ver aparecer su coche. Me planteé incluso irme, pero quién demonios era yo para romper una costumbre. Me bajé de la bici y me eché a un lado del carril. Los segundos pasaban, ya debía estar allí... ¿y si le había pasado algo? Levanté la vista un poco más, no reconocía su coche en ningún punto de la avenida. Extrañada suspiré. Cogí mi bici y justo antes de montarme, noté que alguien se había parado detrás. Me giré y era ella. Estaba segura, no podía ser otra persona; la hubiera reconocido entre cientos de caras. Iba con una bicicleta nueva y reluciente. No me lo podía creer, hasta el casco le sentaba bien. Parpadeé un par de veces y entonces rió.

- He decidido cambiar mi vida, empezando por el transporte, ¿vienes?